

HIJO DE HOMBRE

La literatura supera a la historia pues en Hijo de Hombre hay un trasfondo de historia social absolutamente silenciada en los textos y manuales escolares.

Beatriz González de Bosio

Un público estremecido aplaudía de pie al finalizar la segunda puesta en escena de *Hijo de Hombre*, de Augusto Roa Bastos en el Centro Paraguayo Japonés el pasado Domingo.

La versión del uruguayo Carlos Manuel Varela y la puesta en escena bajo la dirección de José Luís Ardissonne puede calificarse de “magistral” en un particular momento para Arlequín Teatro que celebra sus Bodas de Plata.

Augusto Roa Bastos (1917-2005) indiscutiblemente es el escritor paraguayo que alcanzó mayor significación en el mundo de las letras.

La vida del insigne escritor recientemente fallecido y exhumado con honores de héroe nacional en su tierra cumpliendo así su sueño de exiliado, conoció muchos avatares.

Su punto alto fue el premio Cervantes que irónicamente alcanzó en el mismo año en que el General Alfredo Stroessner, su némesis, era derrocado por uno de sus generales luego de 35 años de gobierno.

Roa Bastos alcanzó la inmortalidad por medio de su narrativa e *Hijo de Hombre* es para muchos su mejor novela.

De los recuerdos de la Guerra del Chaco, una de esas sangrientas contiendas latinoamericanas por fronteras no delimitadas, surgió el interés en la historia y en la evolución del paraguay que es a la vez español, indígena, mestizo y por lo tanto universal con su idioma autóctono, el guaraní hablado por la gran mayoría de la población.

Se enfrentó con la figura rotunda del dictador patriarcal José Gaspar Rodríguez de Francia fundador de la Republica del Paraguay y severo supervisor de vidas y haciendas desde el resonante título otorgado por un Congreso de vecinos: “Supremo Dictador Perpetuo de por vida y ser sin ejemplar”.

***Hijo de Hombre* transcurre en distintos escenarios de la geografía nacional principalmente en Itapé y Sapukai y es un alegato a la tremenda postergación y desamparo de un pueblo que no termina de sufrir las injusticias de un sistema y al mismo tiempo, la obra conlleva un mensaje de profundo humanismo.**

En este caso la literatura supera a la historia pues hay un trasfondo de historia social absolutamente silenciada en los textos y manuales escolares.

El teatro es siempre un gran desafío porque una buena obra puede degradarse con una mala puesta en escena. En este caso se dio al revés, una obra maestra de la literatura de ficción narrativa ahora se nos presenta en forma teatralizada. La prueba más contundente del acierto de este esfuerzo es que la audiencia queda con la impresión de que lo que acaba de escenificarse es un genuino producto

dramático. Y el mejor elogio hacia el creador original es que uno queda con la sensación de que la obra fue concebida originalmente para las tablas. Es que Roa Bastos es uno de esos eximios artistas cuya compleja obra se vuelve fácil y accesible a todo el público. Y eso sólo pueden lograrlo los genios.

Se deslizan los capítulos de la obra que son 9 y que alcanzan su cenit en la parte referente a los mensú.

“Éxodo”, configura un homenaje a Rafael Barrett autor de “Lo que son los verbales” pues Roa Bastos se consideraba un heredero intelectual de aquel.

Los actores de gran profesionalismo, comenzando por “Ña Lolé” Margarita Irun, que caracteriza a todas las “Lolé” paraguayas, esa mujer pilar y astuta que sortea situaciones en aras a la supervivencia.

Sobrino de Macario Francia, (Derlis Esquivel), hijo de un esclavo del Dictador, de ahí su nombre, Gaspar Mora, (Christian Olmedo) talentoso artesano y luthier constructor de instrumentos musicales. Condenado por la lepra, se esconde en la selva y talla un cristo a su imagen y semejanza que sorprende al pueblo eminentemente religioso y además supersticioso que lo ve como un signo y como algo que Gaspar, hombre bueno y justo, quiso dejar como mensaje.

La obra rescata nuestra identidad y memoria colectiva. Recupera hitos históricos importantes y realidades paraguayas lacerantes. La Guerra del Chaco, el militarismo, la religiosidad popular, el ferrocarril, las revoluciones, la siempre reprimida resistencia al sistema, la prepotencia, el mbareté, la mujer sumisa, la alcahuetera, son rasgos innegables de nuestra idiosincrasia perfectamente caracterizados por los personajes que la abordan con hondura y plenitud.

El elenco incluye además a Miguel Vera, (Pablo Ardissonne) Maria Rosa, (Alejandra Ardissonne), el hachero, el hacendado, el cura, el comisario, el insurrecto, el represor, el pueblo y los niños entre ellos José Luis Ardissonne IV que ya forma parte de esa magnífica dinastía de actores.

Si el teatro es también didáctico, cabe preguntarnos si ha cambiado ese Paraguay descrito tan descarnadamente por Roa Bastos en su obra narrativa y que ayuda a descifrar los enigmas de nuestra realidad social y cultural.

Nadie entendió tan bien el alma profunda del paraguayo y nadie la vivió con tanta hondura y plenitud. Eso se reflejó en este trabajo mancomunado de actores, directores escenógrafos, músicos y técnicos que nos han regalado esta entrega que al mismo tiempo rinde un justo homenaje a esa gran figura de las letras paraguayas y latinoamericanas.